

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES –SEDE
ECUADOR

MAESTRÍA EN RELACIONES INTERNACIONALES CON MENCIÓN
EN GLOBALIZACIÓN Y DESARROLLO, CONVOCATORIA 1977-1999

20085000

IMPUG-NACION REGIONAL

**DEMANDA AUTONÓMICA E IDENTIDADES REGIONALES Y
NACIONALES EN EL ECUADOR POST FIRMA DE LA PAZ**

AUTOR: FRANKLIN RAMIREZ GALLEGOS

VERSION SIN CORRECCIONES

IMPUG-NACION REGIONAL

**Demanda autonómica e identidades regionales y nacionales
en el Ecuador post-firma de la paz**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

franklin ramírez gallegos

quito, 2000

SUMARIO

Introducción	2
PARTE UNO: IDENTIDADES SOCIALES	12
Capítulo I. Identidad, poder y estrategia	13
PARTE DOS: LOS ESCENARIOS	24
Capítulo II. Acumulacion flexible, reorganizacion espacial y reposicionamiento identitario	25
Capítulo III. Nación y política	48
Capítulo IV. Lo nacional-ecuatoriano	69
PARTE TRES: EL CONFLICTO REGIONAL	94
Capítulo V. La demanda 'regional-autonómica.	95
PARTE CUATRO: SALIDAS	144
Capítulo VI. Suturas	145
BIBLIOGRAFÍA	159
ANEXOS	169

INTRODUCCION

1. Acceso

Entre los procesos políticos y sociales ocurridos durante las dos últimas décadas en América Latina y el Caribe, dos son de gran trascendencia. De un lado, el desdibujamiento del Estado-Nacional limitado, cada vez más, a funcionar como un aparato burocrático reducido pero eficiente para administrar la inserción y desenvolvimiento de las economías nacionales en el espectro de la economía global; y de otro lado, la revitalización de las identidades locales, regionales, étnicas, de los territorios subnacionales, y por tanto el surgimiento de actores que pugnan por nuevas formas de reconocimiento y representación políticas, de redistribución del poder, de los capitales y de la riqueza nacional. El contexto es la apertura externa empujada por la globalización económica y financiera y los cambios en las bases institucionales de la política y la economía nacionales.

En el Ecuador, desde hace al menos una década, se experimenta una contundente explosión de las identidades sociales que, a la vez que reivindican nuevas formas de reconocimiento, impugnan la conformación y viabilidad de la centralidad estatal. Por un lado, el movimiento indígena —nucleado en torno a la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE)— ha desafiado, desde el I Levantamiento Indígena de 1990, la configuración político-simbólica del Estado nacional al invocar la necesidad de declararlo como Estado plurinacional y de otorgar el derecho a la autodeterminación (autonomía y autogobierno) de los pueblos indios en específicas circunscripciones territoriales. Ello ha colocado a las nociones de diversidad, pluralismo y multiculturalismo como parte sustancial de los procesos de reforma del estado en los temas de la ciudadanía y derechos colectivos, al tiempo que ha impulsado la reconstrucción de las identidades étnicas. De forma similar, desde el primer trimestre de 1999, el escenario socio-político del Ecuador se ha visto desbordado por un intenso resurgimiento del conflicto regional. Sobre la base de específicas formas de recreación de las identidades locales, provinciales y regionales, diversos actores regionales provenientes sobre todo de la zona Litoral del país han levantado una serie de demandas de reestructuración del andamiaje institucional del Estado que van desde propuestas de descentralización, federalización, o regionalización hasta la activación de un modelo autonómico. Las autoridades de cinco provincias del país han efectuado incluso sendas consultas populares para avalar, a nivel de la ciudadanía, tal reforma política. En todas ellas la población se ha mostrado ampliamente favorable a la implantación de un régimen de autonomías provinciales.

La eclosión de la diversidad, movimiento paralelo y reactivo al de la globalización (cfr. Rosenau, 1995), es un hecho y aparece como una suerte de revancha de la particularidad ante un 'centro' mal habido y disfuncional que, a nivel del estado, redundaría en lo que Gellner (1994) calificara como

divorcio entre el sistema político y la diversidad cultural de la sociedad civil. El repunte de movimientos étnicos y regionales no debe verse entonces como un procesos aislado sino como una respuesta a los mismos procesos estructurales que se suceden a nivel global (cfr. Giddens, 1999:44). Lo mismo cabe decir con respecto a las formulaciones institucionales -autonomía, descentralización, federalización, estados-regionales- o políticas -separatismos y movimientos secesionistas- que se desprenden de estas reivindicaciones. Las filiaciones identitarias, trayectorias de identificación o mecanismos de producción de lealtades locales no se desintegran, por el contrario, aparecen como marca distintiva del nuevo mapa global.

Así, en el caso ecuatoriano, la consolidación del Estado nacional y de las narrativas dominantes sobre las identidades nacionales ha sido desbordada, principalmente, por cuestionamientos derivados en clivajes étnicos y regionales. Las imágenes de una identidad nacional sólidamente suturada, homogénea, estable y vinculante se desdibujan, en el transcurso de la última década, en favor de un mapa identitario fracturado, poroso, y heterogéneo.

Las dislocaciones descritas ponen en juego la idea del carácter construido de las identidades, de su fragilidad, y de sus usos estratégicos (Mouffe, 1996). Pero más allá de eso, evidencian que las relaciones entre territorio, población y cultura no son predecibles, unívocas o simétricas (Radcliffe/Westwood, 1999); dan mas bien la imagen de una superposición variable, maleabilidad radicalizada con la globalización, que impide un 'ensamblaje' estable entre los imaginarios nacionalistas y las estructuras institucionales que los soportan.

No resulta apresurado ubicar detrás de este escenario de fragmentación, emergencia y reivindicación de múltiples identidades sub-nacionales, las huellas de tres procesos políticos, históricos y sociales que han tomado forma en los últimos años:

- a) el irresuelto proceso de cambio político en la transformación, modernización y democratización del Estado ecuatoriano; esta transición, que se inicia desde los primeros años de la década de los noventa, no termina de cristalizar en una formulación institucional consolidada, en nuevos modos de relacionamiento y representación entre la sociedad y el estado, y en esquemas estables de regulación y funcionamiento de los agentes económicos públicos y privados. Una serie de marchas y contramarchas, a lo largo de más de 10 años ha provocado discontinuidad en las políticas públicas. La recurrencia del déficit fiscal y la apelación a sucesivos programas de ajuste -a los que se ha recurrido casi ritualmente cada cuatro años desde 1982- han provocado gran resistencia social y a la vez un sistemático deterioro de la credibilidad y capacidad de maniobra de los gobiernos (cfr. Barrera, 1999). Se trata de un proceso de persistente empantanamiento y bloqueo de la reforma del Estado que, en suma, no abandona por

completo sus modalidades “desarrollistas” de intervención y por tanto está lejos de tener una mínima presencia en lo social y lo económico como pretenden los enfoques neoliberales.

- b) la pertinaz crisis económica y social que el Ecuador ha experimentado en las dos últimas décadas en el contexto de un proceso de abandono del modelo estado-céntrico de desarrollo, y de instauración de un programa de liberalización y ajuste. A pesar de experimentar un leve repunte a mediados de los noventa, la economía nacional enfrenta a fines de la década una gravísima recaída expresada, entre otros elementos, en la eliminación definitiva de la moneda nacional y el ingreso en un modelo de dolarización, último recurso para, en palabras de sus mentores, frenar la devaluación. Se trata de un proceso que combina pésimos rendimientos de los sectores productivos y financieros, el deterioro sistemático de la calidad de vida de más del 70 por ciento de la población y la exacerbación de las desigualdades sociales (cfr. SIISE, 2000). Los indicadores de desarrollo social y crecimiento económico registrados en 1999 permiten hablar entonces de una crisis sistémica que arrastra los efectos acumulados de los errores y dificultades en el cambio de modelo de desarrollo acordes con los nuevos esquemas flexibles en el sistema capitalista global.
- c) en otro nivel se ubica el proceso de resolución del conflicto limítrofe con el Perú y la firma de los acuerdos de paz en octubre de 1998. Luego de años de tensión bélica y precarias relaciones políticas y diplomáticas entre los dos países, las imágenes de antagonismo y diferencia estarían disolviéndose y con ello el Perú y la frontera habrían perdido su eficacia simbólica como principales nodos de agregación de la identidad nacional. (cfr. Bonilla, 1998, Radcliffe/Westtod, 1999).

El proceso de reconstrucción de las identidades étnicas y regionales transcurre así en el marco del reacomodo de las bases institucionales de la política y la economía nacionales al contexto global, y de la obsolescencia de los filtros convencionales de segregación de pertenencia nacional; se trata de un movimiento que cuestiona tanto a las imágenes de cohesión e integración nacional como al aparato estatal que las promueve. La interacción incesante entre los movimientos de globalización y localización se hace evidente: el proceso de ‘retorno’ a lo local, a las micro-identidades, forma parte de y ha sido propiciado por la misma dinámica social del sistema capitalista, en su fase de acumulación flexible global. El capitalismo históricamente ha conseguido desplegarse a través y por medio de una serie de marcos culturales, políticos y sociales diversos y densamente acotados. No los pulverizará, ni busca su supresión en el tiempo, por el contrario, existe una suerte de reconocimiento y absorción de tales diferencias con miras a ampliar el espacio de mercantilización y acumulación capitalistas (cfr. Hall, 1997). Los flujos globales, entonces, dan forma y moldean el espacio de constitución de lo local, ‘presionan’ hacia abajo creando nuevas demandas y nuevas posibilidades de regeneración de identidades locales.

El binomio discursivo 'identidad – autonomía' emerge así en el Ecuador de fin de siglo en el contexto de los cambios institucionales de la economía, la política y la cultura nacionales -abiertos con amplitud desde inicios de la década de los noventa- en el transcurso del reacomodo sistémico activado por la globalización. El campo analítico de esta investigación, entonces, se conforma en torno de la relación entre las trayectorias de identificación o estrategias de manejo de la diferencia de los sujetos regionales y sus demandas de autonomía, descentralización y cambio de modelo estatal. Tal vinculación abona el terreno para nuevas lógicas de relacionamiento entre lo local, lo nacional, lo global por medio de las cuales se busca, sobre todo, el reconocimiento de las especificidades culturales y el apuntalamiento de específicos intereses a ellas asociadas. La secuencia es evidente, si minorías étnicas o culturales, por ejemplo, intentan afirmar su identidad en un nuevo contexto social, tendrá que tomar en consideración nuevas circunstancias que transformarán inevitablemente esa identidad (cfr. Laclau, 1996). La *impugnación* regional en el Ecuador de fin de siglo connotaría estas características.

2. Problematicación

La demanda autonómica -de forma similar a aquella del plurinacionalismo indígena- presenta, sobre la base de la activación y recomposición de específicas identidades sub-nacionales (locales/provinciales), un potente relato acerca de la necesidad de transformación del Estado. En otros términos, la voluntad de reforma institucional ha sido colocada en el debate público por medio de una retórica identitaria, que funciona como su válvula de sustento y legitimación, que apela al reconocimiento y protección de la diversidad, al apoyo de las lealtades locales, o al retorno a lo específico.

En esta perspectiva, la investigación que constituye la base del presente texto procuró estudiar las modalidades de desenvolvimiento y reconstitución de las identidades regionales en el contexto de descomposición y confección del Estado-nacional, por la vía de un modelo autonómico, dentro los procesos de reacomodo de las bases de la autoridad y la organización nacionales a las dinámicas de la globalización. Parafraseando a Geertz (1996), este trabajo indaga en las relaciones entre 'los usos de la diversidad' -en el despliegue de las identidades regionales- y la promoción de las demandas autonómicas. Las preguntas esquemáticas que me ayudaron a explorar este aspecto son: ¿Cuáles han sido las estrategias de movilización de la identidad presentes en la demanda regional-autonómica? ¿Cómo los actores regionales han elaborado específicas formas de inclusión, lealtad y pertenencia identitaria? ¿La apelación a una retórica regionalista emerge como parte de un conjunto de instrumentos en la disputa por determinados recursos? ¿o está en juego la afirmación de 'auténticas' culturas locales? ¿Constituye el regionalismo -en tanto bloqueo sistemático a las identidades regionales desde el Estado central- la principal fuente de activación de las demandas autonómicas? Se trata, en suma, de interrogarse sobre la racionalidad y los intereses

presentes en la voluntad de reconstitución de las identidades regionales en el curso del apuntalamiento de las demandas autonómicas.

Ahora bien, para arribar a la comprensión del funcionamiento y movilización de las identidades locales en la promoción de las demandas regional-autonómicas he debido interesarme en un segundo nivel analítico relacionado con la determinación del 'contexto de emergencia' o del 'campo de activación' del conflicto regional. El estudio de la formación y recomposición de las identidades sociales no se restringe al reconocimiento rápido de las formaciones identitarias en juego, por el contrario, exige la exploración desagregada de las circunstancias de su eclosión, de los escenarios en que se activan y de los contenidos e intereses movilizados. En esta medida, este estudio explora los nexos de sentido que explican y dan forma a la emergencia del potente campo de disrupción identitaria vinculado con la movida regional-autonómica. Algunas de las interrogantes que me permitieron guiar esta observación fueron: ¿Cuáles con los procesos sociales, económicos, políticos, culturales que han contribuido a la emergencia de conflicto regional y las demandas autonómicas? ¿Cómo caracterizar la trama histórica-social en que se produce y conforma la dinámica regional-autonómica? ¿Cómo se vinculan la fragilidad, el debilitamiento y las transformaciones del Estado-nacional, y de la identidad nacional a la que habría dado lugar, con la activación de *impugnación* regional? ¿Cómo han incidido los procesos de globalización y las estrategias de cambio y adaptación de las instituciones nacionales a sus dinámicas en la emergencia de conflicto regional? ¿Es pertinente considerar al fin del conflicto fronterizo con el Perú, y la firma de los acuerdos de paz, como una de las principales fuentes para la eclosión de discursos regionalistas y demandas autonómicas? En definitiva, se hace referencia a la caracterización del preciso campo histórico que ha dado lugar a la pugna regional.

Adicionalmente, y con un carácter secundario, este trabajo explora en los efectos de la dinámica regional-autonómica en las modalidades de comprensión y reformulación de las identidades e imaginarios nacionales, y en sus consecuencias y sentidos en la configuración del campo del conflicto político en el Ecuador. En otros términos, se presenta una reflexión sobre los efectos políticos y culturales de la movilización de la diferencia.

De esta forma, los niveles analíticos descritos conforman el objeto de este estudio en torno a la comprensión del proceso de re-elaboración de las identidades regionales, su racionalidad, efectos y escenario de emergencia, en el marco de la puesta en juego de las demandas autonómicas para la transformación del modelo de Estado. Ello implica acercarse a las identidades sociales no sólo como formas de representación y pertenencia social, sino además como específicas estrategias políticas de manejo de la diferencia como parte de la disputa y movilización de determinados recursos.

En términos académicos un acceso como este procura introducir en el análisis de las identidades sociales un enfoque multidimensional (articulando economía, cultura y política) que no se limita a una suerte de constatación de las identidades sociales emergentes, sino que explora el concreto terreno histórico de su movilización. En esta medida mi trabajo toma distancia de una práctica intelectual, académica y política bastante extendida, en ciertos enfoques posmodernos sobre todo, que tienden a reducir el tratamiento del problema en cuestión a una suerte de celebración de la diferencia por medio de la visibilización de algunos 'vectores de distinción' (etnia, clase, género), operación quizás políticamente correcta pero de escaso rigor analítico.

Tal apreciación supone un uso 'eclectico' de los insumos conceptuales y metodológicos de las diversas disciplinas confluentes dentro de las ciencias sociales. En el campo de estudio de las identidades colectivas resulta particularmente fructífero un trabajo poco respetuoso con las fronteras disciplinarias establecidas. He utilizado entonces herramientas teóricas provenientes tanto de las relaciones internacionales como de la ciencia política, la historia, la geografía, y la antropología social, como vehículos para relacionar el conflicto identitario con las peculiaridades del estado, la economía y la historia del Ecuador.

El conocimiento desagregado de las modalidades y contenidos con que se ha activado en la opinión pública nacional el conflicto regional, puede contribuir a la comprensión de la racionalidad y los intereses en disputa y por tanto facilitar y acotar el campo del debate político y técnico requerido para el procesamiento institucional de las reformas estatales que, la dinámica 'regional-autonómica', ha colocado como indispensables para la superación del conflicto.

Para despejar el campo problemático propuesto este estudio procuró: a) caracterizar el campo de activación del conflicto regional, a saber, dar cuenta de las dinámicas y procesos globales y nacionales —en el nivel económico, político y cultural— que han dado lugar, en la última década, a la eclosión de demandas por reconocimiento y afirmación de la diferencia; b) efectuar una descomposición de los 'relatos regional-autonómicos' en forma tal que se visibilicen sus portadores, contenidos, formas y, sobre todo, las racionalidades con que se han reconstituido las identidades regionales; c) situar los efectos simbólicos y políticos de la impugnación regional; y d) establecer una cadena significativa preliminar respecto de su genealogía.

Dos niveles hipotéticos, estrechamente ligados, permitieron afinar tanto la estrategia del estudio de campo cuanto la misma organización del texto que recoge sus principales productos.

En primer lugar, se puede decir que la activación de la demanda 'regional-autonómica' forma parte, está inserta y expresa una serie de transformaciones de los nuevos regímenes de acumulación y los nuevos modos de regulación de la economía global y de sus efectos, en particular, sobre las

principales instituciones nacionales (el estado, la economía, y las identidades nacionales) y sobre la reorganización de los territorios y los espacios sub-nacionales, regionales, locales. Es decir, el contexto de emergencia de conflicto regional expresa significativos vínculos entre cambios críticos en los modos de desarrollo socio-económicos imperantes a nivel global y local –con la concomitante readecuación de las principales instituciones que regulan tal proceso- y las modificaciones de las identidades sub-nacionales y nacionales.

De esta forma, y este es el segundo supuesto, la reconstrucción de las identidades regionales (locales/provinciales) forma parte de una deliberada estrategia política de específicos actores locales en tanto que medio para apuntalar y legitimar nuevos marcos institucionales, modos de gobierno y representación auto-regulados, que permitan disputar y controlar los recursos y espacios de poder hasta ahora manejados desde el estado-central.

Tales ideas colocan la imagen de las identidades colectivas regionales y nacionales como productos político-culturales en elaboración y manufactura permanente, pero sobre todo evidencian el desenvolvimiento de un proceso de fragmentación e interpelación de lo nacional y de la estructura institucional que le ha dorado de contenidos –el estado- asunto que, en el caso ecuatoriano, ha tenido históricamente especial sensibilidad con respecto a la ‘cuestión regional’¹. En este nivel se tejían los efectos de la demanda regional-autonómica.

3. Estrategia de investigación

Los campos problemáticos diseñados fueron trabajados, ya en el nivel empírico, a través de dos grandes esferas de intervención y exploración analíticas:

La primera trabaja en la dirección de explorar en la dimensión diacrónica, la ‘larga duración’, en que ha emergido en el país la movilización de la identidad o reivindicación de la diferencia. Así, para situar las coordenadas globales y nacionales en que se sitúa el campo de disputa identitaria me he apoyado en la vigente literatura especializada respecto de las relaciones entre la nueva economía global -la reorganización de los Estados-nacionales- y la reconfiguración de las identidades locales; de igual forma he procedido para la exploración del tema de las mutaciones y cuestionamientos del imaginario nacional.

¹ Desde los primeros indicios de formación de un Estado-nacional se pudo percibir la forma en que los poderes locales-regionales bloquearon y reformularon los discursos y prácticas destinadas a generar un proyecto nacional aglutinante. J. Manguashca plantea incluso que el Estado ecuatoriano sólo logra consolidarse frente a los poderes regionales y locales cuando el “boom petrolero” de los setentas robustece fuertemente las arcas fiscales y, por consiguiente, empieza a disponer de los recursos suficientes para ir copando paulatinamente algunos espacios de “negociación con los poderes regionales” (1992: 209).

Una esfera secundaria de exploración en este mismo nivel – y que en principio concentró gran parte de mi trabajo de campo- tiene relación con la contrastación empírica de la hipótesis que liga el fin de conflicto fronterizo con la intensificación del malestar regional. Para tal propósito efectúe un trabajo de revisión de la prensa nacional -‘El Comercio’ de Quito y ‘El Universo’ de Guayaquil- enfauzando en la visualización de la actuación del Estado y el Gobierno Nacionales en el periodo posterior a la firma de la Paz².

La segunda área de estudio busca caracterizar y descomponer los discursos regional-autonómicos a fin de situar los usos de las identidades regionales en el marco de la puesta en juego de las reformas estatales. Para el efecto utilizo la información disponible en la prensa nacional, así como diversos documentos de movimientos cívico-regionales, intelectuales, investigadores, etc., sobre propuestas de descentralización, autonomía o regionalización del estado³.

El corte temporal de la investigación se concentró sobre todo en estudiar el periodo octubre de 1998 -en que se firmó el acuerdo de Paz- y diciembre de 1999 en que, como resultado del “malestar regional”, la provincia del Guayas convoca a una Consulta Popular para auscultar las posibilidades de decretar un régimen de autonomía provincial. Se han incluido además algunas referencias, casos y declaraciones posteriores a este período para documentar con mayor rigor la lectura del problema.

4. La lógica argumentativa

El estudio y la redacción final del texto que aquí presento han sido efectuados *en el mismo proceso de eclosión* del conflicto regional y de las demandas autonómicas hacia el Estado nacional. Mientras escribo estas líneas, incluso, se ha presentado desde el Poder Ejecutivo la propuesta de efectuar una Consulta Nacional para plantear a la ciudadanía la posibilidad de constituir regímenes autonómicos provinciales.

Esta particularidad implica asumir que la lectura y la interpretación de tal problema tienen un carácter exploratorio, preliminar, que apuntan sobre todo a la construcción de un campo de análisis y comprensión acerca de los nexos de sentido entre el conflicto identitario ‘región-nación’ y el reacomodo institucional, espacial y simbólico de la economía, la política y la cultura nacionales a las nuevas lógicas de la organización de la esfera mercantil global y sus efectos.

El flujo constante de señales sobre el problema regional, entonces, hace que la mejor forma de tratar la cuestión sea a modo de ensayos. No se trata de reflexiones construidas por fuera de

² Ver Anexo final # 2, que presenta una matriz sintética de la información capturada.

³ Ver Anexo final # 1, que presenta matrices sintéticas de la información capturada.

referencias empíricas precisas. A diferencia de los ensayos literarios o filosóficos, los de matriz científica se sustentan en interpretaciones de un paquete de datos regulares y controlados; tal ha sido el caso de este estudio. La conveniencia del uso del ensayo reside en que su formato es más dúctil y permite desplazarse en varios niveles y sentidos; ir y volver; trabajar en distintas direcciones, salirse de la camisa de fuerza de la exposición del conocimiento por la vía monográfica que obliga al autor a defender durante cien páginas de exposición previa un determinado supuesto (cfr. García Canclini, 1989).

El sentido de continuidad y concatenación de los ensayos se teje en torno de una mirada multifocal y complementaria -activada por la utilización de enfoques de diversas disciplinas- del problema de las identidades regionales y nacionales en el Ecuador de fin de siglo. El capítulo final recoge precisamente este proceso articulador.

Con estos antecedentes formales, cabe presentar la estructuración del texto final que recoge los resultados de la investigación:

En la primera parte de texto (primer capítulo) presento una discusión sobre el estatuto teórico de las identidades sociales y las estrategias conceptuales y metodológicas para su estudio. Me baso para el efecto en las perspectivas constructivistas que entienden que las identidades se construyen social e históricamente a través de un complejo proceso de relacionalidad, diferencia y representación, en permanente re-negociación.

La segunda parte (compuesta de tres capítulos) tiene como objeto trabajar la dimensión contextual en que emerge y se explica la eclosión de las identidades locales y su desafío a los imaginarios nacionales. Los textos que lo componen buscan generar y situar una imagen densa respecto de los factores diacrónicos en los que se inscribe, y dentro de los que adquiere sentido, el proceso de formación de la demanda regional-autonómica. En este sentido, el segundo capítulo -primero de esta sección- alude desde una perspectiva teórico-histórica a las relaciones entre los cambios en las lógicas productivas de la economía global, la reorganización de los Estados-nacionales, los territorios y el re-posicionamiento identitario en los niveles nacional y local. Con este panorama se evidencia la forma en que las dinámicas económicas, financieras y comunicacionales globales han incidido en la re-configuración de las identidades nacionales y locales. Precisamente, el tercer y cuarto capítulos abordan desde un punto de vista teórico y aplicado, respectivamente, el tema de la identidad nacional en el Ecuador de fin de siglo, su morfología, sus desafíos y perspectivas de resignificación. Este bloque de tres capítulos se presenta a modo de los macro-escenarios o contextos históricos en que tiene lugar el conflicto regional.

El tercer momento del texto, compuesto por un capítulo largo (el quinto), tiene como objeto efectuar la descomposición de los discursos regional-autonómicos levantados en el Ecuador desde marzo de 1999. Para el efecto he dividido el texto en cuatro acápites: en el primero caracterizo la situación socio-económica en que emerge el malestar regional; en el segundo estudio el 'discurso regional' y la puesta en escena de las identidades locales a la vez que hago visibles a los actores sociales que las activan; en el tercero (presentado a manera de excursus) discuto la extendida hipótesis acerca de la incidencia que la firma de la paz habría tenido en la emergencia de las demandas de autonomía; el cuarto y último constituye una suerte de cierre del análisis; como tal, recoge la información y las reflexiones desplegadas a lo largo del capítulo para plantear una interpretación global acerca de la relación entre la reconstrucción de las identidades sociales y el sostenimiento de la demanda autonómica. Se trata de evidenciar la racionalidad política y los intereses de los sujetos regional-autonómicos.

La cuarta parte de texto (sexto capítulo) funciona a manera de 'espacio de sutura', es decir, recoge las observaciones y análisis efectuados a lo largo de los ensayos anteriores y liga, bajo la idea de constituir un campo de estudio para el largo plazo, los diversos nexos de sentido -entre los procesos de globalización en curso, el reacomodo político, económico, espacial e identitario que produce, y la racionalidad de los discursos autonomistas- que habrían producido la movilización regional-autonómica. El texto cierra con una reflexión sobre los sentidos de la promoción del discurso regional-autonómico en la reconfiguración del campo de conflicto político en el Ecuador y en las posibilidades de renegociación de los imaginarios nacionales.

En suma, la primera parte de texto tiene un carácter eminentemente teórico-metodológico acerca del enfoque de tratamiento de las identidades sociales; la segunda hace referencia a los escenarios de incubación de la movilización identitaria (regímenes flexibles de acumulación global y disputa de los sentidos del imaginario nacional, *grosso modo*); la tercera explora exclusivamente en las características, los contenidos, los actores y la racionalidad política de la reconstrucción de las identidades regionales; y la cuarta constituye una suerte de cocimiento de los ejes significativos que explican y son activados por las demandas regional-autonómicas, a la vez que presenta una reflexión sobre los efectos políticos y culturales de la recuperación de las identidades sub-nacionales en el Ecuador finesecular.

PRIMERA PARTE

IDENTIDADES SOCIALES: ENFOQUE TEÓRICO

Este primer momento del texto presenta el enfoque teórico seleccionado para el estudio de las identidades sociales. Un primer acápite trabaja la dimensión relacional y diferencial de la construcción de las identidades colectivas; el segundo apartado enfatiza en la necesidad de situar los procesos de formación de identidades sociales en precisos terrenos y contextos históricos y sociales a fin de evitar un simple ejercicio de reconocimiento o constatación de las diferentes identidades; finalmente, se visibiliza la dimensión estratégica-política de las identidades sociales, es decir, la forma en que los actores sociales emplean sus adscripciones identitarias como recursos para obtener determinados objetivos.

CAPITULO UNO

IDENTIDADES, PODER Y ESTRATEGIA

Con miras a presentar el registro teórico en torno al cual desarrollaré la reflexión sobre el proceso de reconfiguración de las identidades regionales y nacionales en el Ecuador de fin de siglo, procuro situar en este apartado el estatuto conceptual del término 'identidad' y derivar así algunas perspectivas metodológicas para su estudio.

Estos señalamientos -que marcan el campo de intervención analítica en que se moviliza el conjunto de este texto- permiten visualizar a las identidades individuales y colectivas como producciones sociales, activadas y diseminadas en específicos contextos, como parte de estrategias políticas que los actores sociales emplean para apuntalar los sentidos, intereses o fines de sus acciones dentro del marco de determinadas interrelaciones y juegos de poder.

Se trata de una perspectiva que enfatiza en la dimensión política de las identidades sociales, en su carácter construido y en su dimensión instrumental; todo ello permite tomar un drástico distanciamiento con los enfoques primordialistas o esencialistas que fijan la comprensión de la cuestión identitaria en torno de sus expresiones objetivas y de sus rasgos inmanentes.

1.1 Identidad y diferencia

El rebrote de identidades étnicas, regionales, religiosas o espirituales particularistas y encerradas sobre sí mismas⁴ forma parte medular de las temáticas que en los últimos años han ocupado el trabajo de numerosos investigadores sociales en todo el planeta. Sea como parte del proceso de globalización, transnacionalización u homologación cultural o como resultado de una crisis de las identidades colectivas tradicionales, el tema de las identidades sociales es visto con particular atención no sólo desde la antropología y la sociología, sino en las demás disciplinas sociales.

Estas modificaciones o crisis de las identidades tienden a manifestarse en diversas modalidades, a veces contradictorias: por un lado, el intento de desbordar las fronteras del estado-nación, de constituir nuevas identidades macro-regionales o supranacionales (por ejemplo, la Comunidad Europea) y el aparente despertar de las grandes instituciones religiosas; por otro lado, la disolución

⁴ Confrontar al respecto "Dossier et documents: L'état des conflits dans le monde", en LE MONDE DIPLOMATIQUE, No. 267, Juillet-Aout, 1998, Paris. Este suplemento presenta un resumen de los conflictos identitarios (étnicos, religiosos, regionales, políticos) en todo el planeta.

de los Estados multinacionales en los fraccionamientos étnicos que los componían bajo la identificación de una identidad ideológica supranacional (la ex Unión Soviética, Yugoslavia, etc.), la proliferación de identidades grupales de pequeña escala y de orientación muchas veces anti-insuruncional (sectas, grupos terroristas fundamentalistas), e incluso un cierto resurgimiento de identidades étnicas “originarias” o de otras formas de pertenencia sub-nacionales que habían permanecido en situación de debilidad o invisibilidad durante largos períodos (cfr. Giménez, 1995). Se podría hablar, siguiendo a Maffesoli, de una ‘tendencia a la neo-tribalización’ en las sociedades de masa (cfr.1988).

¿Cómo dar cuenta, desde el nivel teórico, de este profundo proceso de modificaciones de las identidades sociales ‘convencionales’ y de la eclosión de nuevas formas de expresión identitaria?

Para situar el enfoque de este estudio respecto a tal interrogante, quisiera partir de la argumentación de Chantal Mouffe (1996) a propósito de la redefinición de las identidades colectivas y el establecimiento de nuevas fronteras políticas en el mapa global de fin de siglo.

La eclosión de particularismos durante los últimos años, es la hipótesis de Mouffe, estaría ligada a las formas en que la política liberal ha manejado el problema de la multiplicación de las distintas formas de reivindicación de la identidad. El cuestionamiento al pensamiento político liberal se debe a que este se asentaría en una lógica de lo social que implica una concepción del ser en tanto que presencia y en una concepción de la objetividad como propia de las cosas mismas (cfr. 1996: 4-5). Se manifiesta así una visión estática con respecto a los actores y a las dinámicas sociales que tiende a fijar su desenvolvimiento en una perspectiva solipsista . En otros términos, se puede hablar de un enfoque esencialista de las identidades: los grupos humanos se hallarían predeterminados por repertorios culturales inmanentes o ‘naturales’ que delimitan empíricamente al grupo indicado y determinan la socialización cultural y psicológica de cada uno de sus miembros en el tiempo (cfr. Almeida, 1996; Giménez, 1995).

El distanciamiento teórico con respecto a este enfoque viene dado desde un argumento que propone que la identidad emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades en el proceso de interacción social. El reconocimiento de la alteridad aparece como el punto de partida de la constitución de un “uno mismo” o de un “nosotros”. De ahí que la identidad no sea un atributo o una propiedad intrínseca de los sujetos y las colectividades, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional (cfr. Wade, 1996); es el resultado de un proceso de construcción social en el sentido de que surge y se desarrolla en la interacción con los otros. En términos de la Teoría de la Acción Comunicativa de Habermas -anclada en parte en los postulados de la sociología del interaccionismo simbólico- se puede decir que las personas y los grupos se auto-identifican en y por su participación en acciones comunicativas, y en la medida en que esta auto-identificación es

reconocida intersubjetivamente.

La conformación de núcleos de identidad social pasa, entonces, por la afirmación/negación de una o múltiples diferencias. Argumentando dentro de la misma perspectiva, pero de forma inversa, Eric Hobsbawm ha planteado incluso que "sin los 'otros' no ha(bría) necesidad de definirnos a nosotros mismos" (1994:9). En similar 'tono' conceptual, Marc Augé ha puesto en juego la idea de que incluso en situaciones de intolerancia cultural no se bloquea, congela o suspende el juego de creación de la alteridad, por el contrario la propia intolerancia "inventa, estructura la alteridad:...como si anduvieran en busca de un nivel pertinente de identidad colectiva (identidad que convierten indebidamente en algo sustancial), un cierto número de grupos humanos no deja de segregar alteridad, de fabricar al otro y, por tanto, de descomponerse..." (1996: 49). Con esta fórmula, colocada en función del problema de los nacionalismos, regionalismos y otras situaciones de fundamentalismo extremo, el antropólogo francés abona el terreno para una comprensión relacional-inventiva del proceso de formación de las identidades sociales.

En esta perspectiva, la noción de Jacques Derrida de "exterior constitutivo" -la determinación de un "otro", que funciona de forma exterior, en la constitución de la identidad- afirma la imposibilidad de reconocer las dimensiones exteriores e interiores de cualquier identidad social: si se acepta que "el exterior constitutivo está siempre presente en el interior de toda objetividad...entonces el interior en sí se convierte en algo puramente contingente y se revela así la estructura de simple posibilidad de todo orden objetivo" (Mouffe, 1996:9). Estamos frente a la idea posmoderna de que las identidades no son estáticas ni unitarias, sino móviles, nómadas, contingentes, y carentes de fijeza.

La caracterización de las identidades como móviles o nómadas se inscribe así mismo dentro de un esfuerzo por imaginar una identidad "que acoge la alteridad, que atestigua la porosidad de sus fronteras y que se abre sobre ese exterior que la hace posible" (Mouffe, 1996:11). Se traza un argumento que postula la comprensión de las identidades como juegos dialógicos y conflictivos en los cuales las incorporaciones y marginalizaciones efectuadas entran a formar parte del complejo identitario resultante: toda objetividad social absorbe consigo los actos de exclusión que gobiernan y moldean su formación. La diferencia reconfigura las entidades sociales de tal manera que en su constitución incluyen necesariamente fragmentos de los opuestos. La propuesta de Mouffe puede ser vista como un invitación a que los sujetos sociales sean múltiples, deslocalizados, con capacidad de reconocer a los otros, pero sobre todo de reconocer en su propio interior la heterogeneidad, no como otredad, sino como contradicción y riqueza interna, no como debilidad sino como fuerza.

En consecuencia, la identidad no puede ser una realidad objetivada como un conjunto desconectado de la otredad o como una singularidad esencial y autocontenida. Cabe insistir en que

esta articulación subjetiva del yo con el otro, del nosotros con el ellos, no se concibe en forma alguna como estable y armónica: al contrario, se expresa como una realidad ambigua y conflictiva⁵ que “paradójica y constantemente socava la afirmación del sí mismo en su contingencia exterior” (Almeida, 1996: 51).

Este carácter relacional y sobre todo la posibilidad de que la formación identitaria -individual o colectiva- se resuelva por medio de la negación arbitraria del otro, o en sentido inverso, que ese otro empiece a cuestionar, deformar y desconocer mi identidad, marcan la necesidad de atribuir un carácter político a la diada identidad-diferencia.

En efecto, desde los enfoques post-estructurales de autores como Foucault, Derrida, Lyotard, Fraser, Haraway y algunas investigadoras feministas, se ha postulado la idea de que el carácter relacional-adversarial de toda construcción de las identidades sociales produce, con frecuencia, el establecimiento de múltiples jerarquías y antagonismos, por ejemplo, los que se dan entre negro y blanco, hombre y mujer, esencia y apariencia, etc: “en el campo de las identificaciones colectivas - donde se forma un ‘nosotros’ mediante la delimitación de un ‘ellos’- habrá siempre la posibilidad de que la relación nosotros/ellos se transforme en una relación amigo/enemigo...que se convierta en el espacio de un antagonismo” (Mouffe, 1996: 6).

Se trata de una perspectiva que confiere una dimensión eminentemente política al problema identitario, y que presta especial atención a la posicionalidad de los sujetos de acuerdo a las relaciones de poder y a los regímenes discursivos que ponen en juego en diferentes contextos. Las identidades se establecerían contextual o situacionalmente según el tipo de relación/posición que los sujetos sociales establecen dentro de una multiplicidad de interacciones políticas y discursivas en permanente movimiento y evolución.

En vista de tal multiplicidad de fragmentos discursivos y dispositivos materiales que atraviesan y componen la formación de cada “serie identitaria” -la figura de que los cuerpos se forman por medio de un permanente *ejercicio de citar* otros cuerpos, discursos, imágenes, elaborada por Judith Butler (1993), es en extremo útil para dar cuenta de la yuxtaposición de diversos relatos y sedimentos simbólicos en la composición de las identidades individuales y colectivas- el abordaje analítico apropiado para la comprensión de éstas es uno que descomponga, des-sedimente, diseccione y visibilice los diversos elementos, prácticas y narrativas con que han emergido en el tiempo. La estrategia deconstructiva, puesta en circulación por las filosofías y teorías post-

⁵ Esta tesis ayuda a entender las críticas post-estructurales al núcleo duro de la teoría política liberal, puesto que ella privilegia el establecimiento de vías procedimentales tendientes a congelar los conflictos y buscar arreglos consensuados con el menor nivel de exclusión. Tal énfasis disuasivo atentaría contra la formación de identidades colectivas -en infinito proceso de diferenciación- proceso que está a la base de la instrucción de una sociedad democrática y plural.

estructurales⁶ del discurso, posibilita precisamente esta lectura.

Un análisis deconstructivo de las identidades sociales (nacionales, regionales, étnicas) implica interrogarse simultáneamente sobre los contenidos disímiles y conflictivos con que se han cristalizado -evidenciar la articulación de elementos de clase, género, espacio, etnia, etc.- y sobre las formas o estilos que han posibilitado tal tipo de conjunción. Se trata, en suma, de dar cuenta de a) la multiplicidad de discursos y relaciones de poder que atraviesan la construcción de la identidad; y b) el carácter de complicidad y resistencia que produce la trama de prácticas en las que se involucra determinada identidad (cfr. Mouffe, 1996:9).

En suma, la invitación analítica de este marco teórico enfatiza en la necesidad de descomponer las distintas formaciones sociales para visibilizar las articulaciones entre los diversos elementos que cada vez producen y des-producen las identidades sociales y las mismas sociedades. En esta medida, las identidades son visualizadas como cristalizaciones contextuales fijadas según el tipo de posición que los sujetos sociales establecen dentro de una multiplicidad de interacciones políticas y discursivas en permanente movimiento y evolución.

1.2 Ductilidad y contextualización

Autores como Appiah plantean una crítica abierta a las posturas post-estructuralistas, cuando señalan que *"that is not enough to point the general instability, heterogeneity, and exclusionary character of identity categories. We need to analyze simultaneously the precise historical context and the economic, political and cultural forces which are intertwined with identity categories and politics"* (en Nicholson y Seidman, 1995: 15). De ahí que, separar la emergencia de múltiples identidades de su marco socio-político y espacial⁷ de emergencia resulta en extremo problemático por cuanto se corre el riesgo de atribuir autonomías a la formación de identidades sociales.

Por tanto, la idea de identidades móviles, aleatorias o frágiles -tal como sugieren los enfoques post-estructurales- no debe asimilarse con la imagen de la flotación dúctil de un cuerpo en cualquier

⁶ Las teorías post-estructurales -cuya primera 'generación' de autores emerge con las figuras de Michel Foucault, Jacques Derrida y Jacques Lacan para luego ser profundizadas por pensadores como Gilles Deleuze, Félix Guattari, Jean-Francois Lyotard o Julia Kristeva- se sustentan en una crítica radical a la concepción cartesiana de sujeto unitario, portador de una conciencia original y dueño de su capacidad significativa. Los post-estructuralistas argumentan que el ser humano no tiene una conciencia unificada sino que ésta es atravesada por el lenguaje. De ahí que pretendan deconstruir, sobre todo en términos textuales, las concepciones por medio de las cuales se ha construido ya un cierto saber, bastante estabilizado, para la comprensión de la vida social. Para el caso específico de problema de la identidad plantean que: *"the term 'subject' help us to conceive of human reality as a construction, as a product of signifying activities which are both culturally specific and generally unconscious..."* (Sirup: 1995: 5).

⁷ No se trata, plantea Radcliffe, de asumir que la formación identitaria es un mero reflejo del espacio en que el sujeto se localiza, sino más bien de entender que *"the relationship between pre-constituted subjects and the local/national/global is one which has to be articulated and rearticulates, expressed and received, made and remade"* (1996: 20).

escenario; por el contrario, la construcción de las identidades sociales está relacionada y atravesada por las coordenadas objetivas de la cultura, la economía y la política, que se precisan necesariamente en términos espacio-temporales (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999:47). Las articulaciones entre estos diferentes niveles, cuya forma y dirección dependen de relaciones de poder determinadas y precisas en cada contexto, da forma a la específica expresividad de las identidades sociales.

Estas colocaciones pretenden evitar, en términos analíticos, la posibilidad de comprender la producción social de las identidades por fuera de la visibilización de su contexto institucional, económico o político de emergencia. Si bien es cierto que la apuesta post-estructural rechaza la posibilidad de análisis totalizadores, y ello dificulta la observación de una serie de interrelaciones sociales, quisiera sostener que la pura alusión a las formaciones identitarias en términos de discursos, narrativas o prácticas de representación y distinción no constituye suficiente argumento para dar cuenta de los estilos y los contenidos con que finalmente -de forma frágil- se cristalizan. Cualquier aproximación a las identidades sociales requiere simultáneamente un esfuerzo por situar las coordenadas institucionales dentro de las que se han moldeado: *"Identities are complex and multiple and grow out of history of changing responses to economic, political and cultural forces, almost always in opposition to other identities"* (Appiah, 1995:107).

Un uso crítico de la perspectiva post-estructural no se compatibiliza con el reconocimiento y celebración de la heterogeneidad *per se*, ni con la idea de ubicar y defender la diferencia por la diferencia. Por el contrario, implica admitir que en la emergencia, circulación y uso de todas las categorías de análisis se expresan los efectos de específicas relaciones de poder, moldeadas en concretos terrenos históricos.

En consecuencia, se trata de construir una lectura que posibilite el mayor margen de sensibilidad frente a las relaciones de poder que han hecho posible la institución de la diferencia (y de las jerarquías) y su uso como posible instrumento de subversión política (Nicholson-Seidman, 1995: 13).

Para generar comprensiones penetrantes sobre la fabricación de los distintos núcleos identitarios es necesario tomar distancia de una práctica -intelectual, académica y política- bastante extendida que tiende a reducir el tratamiento del problema en cuestión a una suerte de reconocimiento o constatación rápidos de las diversas identidades existentes. Me refiero a esta suerte de 'elogio de la diferencia' -"idealización de la heterogeneidad", en términos de Prakash (1995)- asentado en referencias explícitas a un paquete de "indicadores de la distinción", como género, etnia, generación, región, religión, etc., que hacen que tales relatos adquieran un estatuto de corrección

política pero no necesariamente de rigor analítico⁸.

Planteo en este sentido la utilidad de 'contextualizaciones densas' como vehículos para comprender la formación de las identidades sociales. Uso esta expresión en un sentido análogo a la noción de 'descripción densa' utilizada por Clifford Geertz en su trabajo sobre "La interpretación de las culturas" (1990).

Así, el método antropológico consiste en etnografías rigurosas, detalladas y minuciosas que permiten establecer "una jerarquía estratificada de estructuras significativas atendiendo a las cuales se producen, se perciben y se interpretan" los hechos sociales (cfr. 1990:20). Una contextualización densa, recurso interpretativo que he activado en este estudio, permitiría precisamente situar el campo de nexos significativos en que ha emergido y se ha desenvuelto el conflicto identitario regional. Se trata de evidenciar las informaciones de fondo antes que el problema -en su particular expresividad- sea examinado. Utilizo el término 'contextualización', en lugar de recurrir a la noción de etnografía, por cuanto ésta última es connotada principalmente en relación a un cierto trabajo de campo, *in situ*, mientras que con la primera quiero aludir a la visibilización densa y desagregada de las inter-relaciones entre escenarios globales, nacionales y locales -operación que puede sucederse al margen de un determinado terreno.

1.3 Sobre el problema del poder en las identidades

La composición y las jerarquías con las que se elaboran las identidades sociales, se fijan sus contenidos (nacionales, regionales, étnicos, religiosos, etc.) y en general se construyen las sociedades, están directamente ligadas con la difusión del poder. Los aportes de Michel Foucault fueron útiles para evidenciar que las identidades deben ser aprehendidas como relaciones de fuerza, como efectos de poder y de específicos regímenes discursivos: el poder está diseminado en todo el cuerpo social, no habría institución, lugar, espacio o cuerpo que no sea producto y a la vez fuente de actos de poder.

De este modo, todo proceso de construcción de identidades implica el despliegue de redes discursivas con pretensiones hegemónicas pero al mismo tiempo posibilita la constitución de contra-discursos, contra-órdenes, contra-poderes. El poder fluye por todo el intersticio social, su particularidad reside sin embargo en que no solamente reprime, cancela, controla, sino que además crea y produce verdades y discursos que a su vez posibilitan su reproducción; produce además *resistencias* (apoyadas en "otras" verdades) que inciden en las formas de circulación del poder⁹.

⁸ Ver al respecto el provocador ensayo de Terry Eagleton, "Las ilusiones del posmodernismo", Argentina, Paidós, 1998.

⁹ En palabras de Foucault: "debemos cesar de una vez por todas de describir los efectos del poder en términos negativos: que excluye, que reprime, que abstrae, que enmascara que oculta. De hecho el poder

Las identidades y sus representaciones son constantemente imaginadas y re-imaginadas, actuadas y re-actuadas dentro de situaciones específicas y dentro de contextos socio-económicos y políticos que siempre cambian y que proveen sitios por/para sus negociaciones, y re-negociaciones, sus definiciones y re-definiciones (cfr. Rahier, 1999:74). La cristalización de núcleos identitarios responde, entonces, a los contenidos y estilos con que se establecen los campos discursivos hegemónicos/dominantes y, dentro de ellos, los relatos emergentes -disidentes- que disputan la centralidad interpretativa o significativa¹⁰ en el medio de un abierto juego de poder.

Este marco ayuda a explicitar las condiciones de existencia de “contrapoderes” y “contraverdades” otorgando un estatuto -histórico y teórico- activo a los agentes sociales, en tanto que elaboran *intencionalmente* las modalidades de consumo, significación, ataque y resistencia a los regímenes discursivos dominantes (cfr. Almeida, 1996).

Este planteamiento pone en juego no sólo la idea de que las identidades no están inscritas en la naturaleza -ni tampoco son el resultado de esa “segunda naturaleza” inculcada en las personas por la socialización- sino que tienen una dimensión instrumental (Dubet, 1989: 525-530). La identidad emerge como parte de un arsenal de recursos para la acción, como parte de estrategias para la conquista de ciertos fines¹¹.

La noción de estrategia se vincula con la idea -extendida sobre todo desde la sociología de Anthony Giddens (1995)- de que los actores sociales, individuos o grupos, modelan conscientemente a su entorno social. Lo hacen, sin embargo, sirviéndose de las reglas y los procedimientos sociales existentes que no dependen del actor en cuestión. No se trata de reglas y procesos fijos. La acción social o el comportamiento estratégico de los actores cambia permanentemente las características estructurales de una sociedad. En esta perspectiva, las estrategias sociales o colectivas no son tanto manifestaciones del comportamiento rutinario o cotidiano, sino más bien una elección consciente de la acción social que tiene como objeto reforzar o defender el acceso a ciertos recursos¹². La

produce; produce realidades; produce dominios de objetos y rituales de verdad. Los individuos, y el conocimiento que podría extraerse de ellos, pertenecen a este campo de producción” (1988: 194).

¹⁰ La cultura, o la política de la cultura, se ha convertido en el punto central de la problemática sobre las identidades sociales. Esto, sobre todo, debido a que la cultura ha dejado de ser entendida como algo que los diversos grupos humanos “poseen”, y ha pasado a ser vista como un constructo discursivo actuado, vivido, performado, pero que está permanentemente abierto a múltiples lecturas (Geertz, 1990; Dagnino, Escobar, Alvarez 1997; Ramírez Gallegos, 1999).

¹¹ Para una discusión más extensa del problema ver “Estrategia e Identidad. Nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos”, Jean Cohen, 1995.

¹² Ciertamente, tales marcos colectivos se componen de un fondo de elementos existentes o ‘estructurales’ del que se sirven los involucrados; sin embargo, estos elementos se vuelven a (re)construir, seleccionar, ordenar o completar de forma continua desde la acción específica de los sujetos sociales.

capacidad de actuar colectivamente contra “otros” es, a menudo, decisiva para el éxito de las estrategias: “en este punto la construcción de una identidad colectiva puede desempeñar un papel central para dar cohesión, continuidad y legitimidad a la acción estratégica” (Baud. et. al., 1996:22).

Así aquello que se denomina “identidad cultural” es simultáneamente el escenario, el objeto y la herramienta de combates de poder. La cultura indica un conjunto de prácticas, símbolos y significados que dan forma a la vida social; por tanto, la cultura es un concepto dinámico que se refiere a la concesión de sentido, tanto a las relaciones sociales como a la posición y la acción de los actores dentro de las mismas (cfr. Baud et. al, 1996). Estos sentidos se instituyen dentro de un campo abierto de disputa política¹³ para fijar y legitimar determinadas visiones o intereses. Así, los espacios de significación identitaria permiten indagar, deconstruir, y delatar la manera en que los discursos dominantes se han consolidado (desde qué dominios de conocimiento y con qué imperativos de regulación socio-económica y política), y actúan la posibilidad de conferir contenidos, formas y sentidos a los discursos dominados o subalternos¹⁴.

Este es uno de los terrenos principales en que se ejerce la hegemonía por cuanto la fijación de la identidad cultural de un grupo a través de una articulación contextual y particular de relaciones sociales, discursivas y políticas, “contribuye de manera determinante a la creación de ‘puntos nodales hegemónicos’...[que] fijan parcialmente el sentido de una cadena significativa y permiten detener el flujo de los significantes y dominar provisoriamente el campo discursivo” (Mouffe, 1996:10)¹⁵.

Una estrategia, no obstante, nunca constituye una simple serie arbitraria de acciones para defender intereses egoístas, los intereses están siempre cultural e históricamente situados (cfr. Ospina, 2000). Es por esto que, al analizar los movimientos y las formaciones identitarias -regionales, étnicas, nacionales, etc.- cabe urgir, densamente, no sólo en las fuerzas políticas e institucionales en que han sido modeladas sino en todo el contexto socio-histórico fluctuante y en los marcos espacio-temporales particulares, constituidos en una intersección de dimensiones locales, regionales,

¹³ Sarah Radcliffe hace alusión a las relaciones y confrontaciones de poder con respecto a las formaciones nacionales cuando plantea: “*in other worlds, the rise of disciplined national subjects has not everywhere seen the demise of alternative senses of community and structures of feeling which may express anti-state and even anti-national sentiment?*” (1996: 15).

¹⁴ La tarea inmediata de los sectores subalternos consistiría entonces en desentrañar discursos omniabarcantes y liberar verdades locales, fragmentadas que han sido ocultadas por los discursos hegemónico (las versiones oficiales) como efectos de poder.

¹⁵ En el capítulo tres se efectúa una reflexión más detenida sobre el problema de la hegemonía. Para una visión ampliada de tal noción ver, “Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia”, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Siglo XXI editores, 1987.

nacionales y transnacionales¹⁶ (cfr. Appiah, 1995; Rahner, 1999).

Para articular los señalamientos efectuados cabe señalar algunas características y consecuencias analíticas que supone un abordaje como éste -delineado bajo las etiquetas de post-estructural o constructivista- para el estudio de las identidades sociales, en general, y de las específicamente nacionales/regionales/étnicas:

a) La reificación y la esencialización de las identidades ha sido desafiada intensamente: ya no es aceptable la idea de que una persona o un grupo determinados pueden detentar una identidad básica "*that could be characterised in terms of a core, defining essence; groups and indeed individuals are 'decentred', they have no single identity*" (Wade, 1996:82).

b) El constructivismo evita considerar a los grupos sociales como entidades ontológicas autónomas o como especies de "individuos colectivos" actuando como tales en el curso de la historia (Barsa, 1999:155). Por el contrario, sus identidades se construyen social e históricamente a través de un complejo proceso de relacionalidad, diferencia y representación, "*it is a process, not a thing, and is constantly under renegotiation (even if the outcome of the negotiation is repeatedly the same for particular individuals)*" (Wade, 1997:81).

c) Hablar de identidades en permanente proceso de negociación alude a la dimensión instrumental de la identidad: los actores usan su adscripción identitaria como un recurso para obtener determinados objetivos, como una estrategia para conseguir sus fines y estabilizar sus visiones del mundo, en tal proceso se construyen a sí mismos como sujetos. "Este trabajo solo se realiza al precio de una constante lucha y reafirmación" (Ospina, 2000). Aquí se evidencia la cualidad política de las identidades sociales.

d) De los elementos anteriores se deriva la idea, insistente, del carácter contingente, construido, lábil y cambiante de los reagrupamientos sociales, y por tanto el énfasis en la cualidad movediza, fragmentaria, efímera de todas las fronteras claramente definidas y artificialmente consolidadas (cfr. Brubaker, en Barsa 1999: 155).

e) La des-esencialización de categorías como las de identidad es posible por medio de un trabajo de

¹⁶ Esta "alerta" procura matizar ciertos análisis post-estructuralistas que teorizan la identidad en relación a teorías del lenguaje o pautas psicoanalíticas a-históricas. Tratar las identidades sociales como cuerpos en permanente fluidez no implica negar la historicidad y politicidad de las categorías identitarias en torno a las cuales la vida social se reproduce. (cfr. Young, 1995. 190).

deconstrucción desagregada y localizada de los diversos términos/categorías con que se despliegan en el mundo social, y de su ubicación dentro de específicos contextos históricos y políticos; a esto último me he referido bajo la idea de contextualizaciones densas.

f) En términos praxeológicos, la idea de que las condiciones que rigen la construcción de toda identidad se establecen dentro de la afirmación de una diferencia implica preguntarse por el tipo de relación que puede establecerse entre identidad y alteridad de manera que se desactiven los peligros de resolución violenta, autoritaria y excluyente que están implicados necesariamente en la relación entre igualdad y diferencia. Se observa un esfuerzo sistemático por superar visiones esencialistas y estancas del problema identitario, en vías a desmontar una política democrática basada en una mal entendida tolerancia (“si no me tocas no hay problema”) que transforma en ghettos irreductibles a las colectividades y a los sujetos sociales. Las formas en que se procese el entendimiento de la pluralidad de construcciones identitarias pasa de esta forma a ser parte de las agendas de consolidación democrática.